

CARTHAGINENSIA

Revista de Estudios e Investigación
Instituto Teológico de Murcia O.F.M.
Universidad de Murcia

Volumen XX
Enero-Diciembre 2004
Números 37-38

SUMARIO

ESTUDIOS

Stefano Cecchin

*Texto y contexto de la Definición dogmática de la Inmaculada
Concepción* 1-34

Elena Conde Guerri

*Los sentidos salvíficos: María como oyente en las fuentes patrísticas
de los primeros siglos* 35-56

Antonio Gómez Cobo

La Virgen María en Leandro de Sevilla 57-108

Sebastián López

*La principalidad de la Virgen en la experiencia cristiana
de Francisco* 109-132

Luis Pérez Simón

“O beata Maria, quae es habitatio Ecclesiae” 133-162

Guzmán Manzano

El Primado de Cristo y la Inmaculada 163-184

Rogelio García Mateo

*La cooperación salvífica de María en la espiritualidad de Ignacio
de Loyola* 185-204

Francisco Henares Díaz

*«Scriptura, ancilla theologiae» en la predicación immaculista del Siglo
de Oro. Fray Diego Murillo, OFM.* 205-230

Pedro Riquelme Oliva

*Luis Godínez OFM, teólogo murciano, en la corte real, al servicio
de la Inmaculada en el siglo XIX* 231-264



Francisco J. Gómez Ortín <i>Un poema inmaculista del P. Gascón en la Murcia del XVIII</i>	265-274
Francisco Martínez Fresneda <i>María propiedad de Dios</i>	275-304
José Luis Parada Navas <i>María, mujer fuerte. Perspectiva antropológico moral</i>	305-332
José Antonio Merino <i>Reflexión antropológica sobre la Anunciación</i>	333-342
Rafael Sanz Valdivieso <i>Crear y pensar en los Padres de la Iglesia</i>	343-374

NOTAS Y COMENTARIOS

Pedro Ruiz Verdú <i>Trinidad y arte. XXXIX Simposio de Teología Trinitaria</i>	375-384
Francisco J. Gómez Ortín <i>El San Francisco del Teológico</i>	385-394
Miguel A. Escribano Arráez <i>Pedro de Fátima Martínez Sastre OFM</i>	395-397
BIBLIOGRAFÍA	399
LIBROS RECIBIDOS	453
ÍNDICES	461

“O BEATA MARIA, QUAE ES HABITATIO ECCLESIAE”¹

LUIS PÉREZ SIMÓN

Introducción

La Orden Franciscana honra a la bienaventurada Virgen María con especial devoción en el misterio de su Inmaculada Concepción, Patrona de la Orden, “Virgen hecha Iglesia” (Cfr CC.GG. art. 26, 2). Los franciscanos vivimos esa especial devoción a la Inmaculada, que quedó grabada en nuestros corazones desde pequeños, cuando en nuestros seminarios aprendimos a recitar o cantar con todo el fervor juvenil *Tota pulchra es, Maria* ante una imagen o pintura de la Inmaculada.

Los teólogos franciscanos han sistematizado a lo largo de la historia una serie de reflexiones sobre el misterio cristiano, y dentro de las mismas se ocuparon ya desde el comienzo de su escuela del tema mariano, tanto en el orden de la devoción y del culto como en el doctrinal, siguiendo fielmente los impulsos e intuiciones de su fundador, San Francisco de Asís, en torno a cuya persona se articula lo que llamamos *escuela franciscana*, cuyos pensadores son partícipes de un mismo talante y sintonizan entre sí en una cosmovisión y manera peculiar de interpretar los problemas de la existencia y la fe, como consecuencia de haberlos vivido y experimentado previamente en la vida de fraternidad aprendida de Francisco y de la primitiva comunidad franciscana². El franciscano hace filosofía o teología no por entreteni-

¹ *Sermones*, 361-3. Citaré siempre los textos de San Antonio por la edición española bilingüe, *Sermones Dominicales y Festivos*, Murcia 1995, con una S seguida de los números correspondientes a las páginas de dicha edición.

² Cf. MERINO, J. A.: *Historia de la Filosofía Franciscana*, BAC, Madrid 1993, XXVI-XXVIII.

miento o por profesión, sino para orientar en la práctica su vida según la fe o el proyecto revelado por Dios, tratando de descubrir la relación entre el bien y la verdad con un fin sapiencial. Por eso se hace imprescindible, ante cualquier tema, objeto de reflexión, ofrecer como portada el pensamiento y la actitud del Fundador.

1. *La herencia de San Francisco de Asís*

La vida espiritual de San Francisco está marcada y penetrada, ante todo, por la experiencia mística de Dios, al que intuyó como “el bien total, el sumo bien”: “El solo verdadero Dios, que es el bien pleno, el todo bien, el total bien, el verdadero y sumo bien, que es *el solo bueno*” (Lc 18,19) (1R 12, 9). Tal experiencia fue vivida, testimoniada y expresada por Francisco con un lenguaje no profesional en sus escritos. Este bien, que es Dios, que es Amor (1Jn 4,8), será también el principio que inspirará y regirá la Escuela Franciscana, y bajo él, y en el horizonte de la fe trinitaria y de la historia de la salvación, contemplará a María, la “madre y esclava del Señor”. Esta bella y fuerte antítesis prueba el sentimiento y afecto de Francisco, su entrañable amor por María. En efecto, escribirá: *Si la bienaventurada Virgen de tal suerte es honrada, como es digno, es porque lo llevó en su santísimo seno* (CtaO 21).

Por su parte, los biógrafos de Francisco nos han transmitido su amor, piedad y devoción a la Santísima Virgen María. “De indecible amor rodeaba a la Madre del Señor Jesús, por cuanto había convertido al Señor de la majestad en hermano nuestro, y porque hemos conseguido misericordia por medio de ella” (LM 9, 3.1; cf 1C 24; 2C 198). Esta referencia expresa de María a su Hijo es la base sólida de su genuino amor a María. Así, desde el 1205 visita la capilla de la Porciúncula, dedicada a la Madre de Dios, lugar donde los benedictinos, sus propietarios, le conceden vivir desde 1208, y que será punto de referencia para la fraternidad itinerante (2C 198, EP 55, LM 2,8), morada preferida por él (2C19; TC 56); “por revelación divina” descubre allí la “verdad evangélica” al escuchar el evangelio de la misión, que Francisco encarna en sí a la manera en que María encarnó en sí la Palabra en la Anunciación, de modo que San Buenaventura entenderá el nacimiento y posterior desarrollo de la Orden como una concepción y un alumbramiento por los méritos de María (LM 3.10)³; en este lugar acontecerá la

³ Cf. STEINER, M.: “San Francisco y la Virgen María”, en *SelFran* 10 (1981) 53-65.

vestición de Clara, se celebrarán varios capítulos generales, y, antes de morir, pedirá a sus hermanos que no la abandonen; allí morirá, un sábado, día 3 de octubre de 1226. A ella se confiaba como abogada, protectora e intercesora, y le confía la Orden (LM 9.3). La Porciúncula es la iglesita preferida por Francisco, y, según cree él, también por la Virgen, que por su pequeñez recuerda la humildad de María, virtud que deberá caracterizar a la Orden, y de la que deberá ser modelo la comunidad que allí habite.

Podemos entrever por estos detalles la función ejemplar de María para todos los seguidores de Francisco y para todos los hombres, de modo que podamos dirigir a ella nuestra mirada como a un espejo. Ella, por su humildad, será la gran mediadora, que nos dio a su Hijo, lo hizo hermano nuestro (2C 198, 1R 23, 63.65) y nos hizo hermanos suyos (cf LM 7,3). “El cual, siendo rico sobre todas las cosas, quiso él mismo elegir la pobreza en el mundo con la beatísima Virgen su madre” (2CtaF 5). En esta devoción a María, y en sus formas de expresarla, no parece que esté lejana la experiencia del amor recibido de su madre, madonna Pica. Hoy podemos leer, meditar y rezar con sus propias expresiones de devoción de mariana. Veamos sus textos, salidos de lo más hondo de su corazón noble y puro, convertido y conservado limpio por el mismo Dios, que han sido estudiados ya por numerosos autores⁴.

En sus Escritos, Francisco, hombre guiado por el Espíritu Santo, ofrece una imagen de María basada en la enseñanza viva de la Iglesia, cuya liturgia la sitúa en el marco de la historia de la salvación, entre los redimidos, objeto de la misericordia divina, siempre unida al misterio de Dios. Desde esa fe viva en Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, ve a María en el centro de su fe y como objeto de ella, en relación misteriosa con cada una

⁴ ESSER, K., *Temi spirituali*, 285-314: “La devozione a Maria Santissima in s. Francesco d’Assisi”. Esser descubrió en la veneración de Francisco a María una “estructura teológica” al poner de relieve que Francisco no la venera de forma aislada, sino que la coloca siempre en relación única con el misterio de la Santísima Trinidad y la eleva sobre todas las criaturas gracias al misterio de su maternidad divina. Con lo que puso los fundamentos para los estudios mariológicos posteriores. Así se lee en *Verba Domini mei*, Congreso de Roma 2002, 184; STEINER, M.: “San Francisco y la Virgen María”, en *SelFran* 10 (1981) 53-65; POMPEI, A.: voz “María”, en *Dizionario francescano* (Padova 1983) 931-952; ANASAGASTI, P.: “Principios teológicos de la piedad mariana de San Francisco de Asís”, en *EstMar* 48 (1983) 389-417; RODRÍGUEZ HERRERA, I.: *Los Escritos de San Francisco de Asís*. Murcia 2003; LÓPEZ, S.: “El tema mariano en los escritos de Francisco de Asís”, en *SelFran* 16 (1987) 171-186. Íd.: “María en la comunicación salvadora del Dios Trino en Jesucristo, según S. Francisco de Asís”, en *ibíd.*, 339-370; MERINO, J.A./MARTÍNEZ FRESNEDA, F. (coords.): *Manual de Teología franciscana*. Madrid 2003.

de las tres divinas Personas, principio de todo bien, y por eso la invoca y alaba como Hija, Madre y Esposa; se encomienda y confía en ella, la siente cercana y presente en el misterio de la comunión de los santos. Así se comprende la larga lista de nombres con los que se dirige a ella: *virgen, madre, hija, esclava, esposa, señora, reina, iglesia, palacio, tabernáculo, casa, vestidura*; adjetivándolos significativamente: *santa (santísima), gloriosa, beata (beatísima), siempre virgen, perpetua virgen*.⁵ Bajo este ropaje literario, sencillo y concreto, sin la abstracción teológica, popular y sin elaboración, directo y espontáneo, expresa su fe, su amor, su devoción singular, “indecible”, a María, cantando las glorias y privilegios de la Madre de Dios, como ejemplo de humildad y de esperanza, intercesora de los hombres ante su Hijo, obediente al servicio de la redención, celebrando su santidad con imágenes plásticas y llenas de lirismo, como se puede percibir en su Saludo a la bienaventurada Virgen María, “tonada rítmica, guirnalda de expresiones bíblicas, litúrgicas y de los Padres”⁶, con la que se nos deja ver como fuera de sí mismo ante la inmensa dignidad de María, “no ha nacido en el mundo ninguna mujer semejante a ti”, que glosa y canta así:

1. Salve Señora, santa Reina, santa Madre de Dios, María,
que eres virgen hecha Iglesia,
2. y elegida por el santísimo Padre del cielo,
que consagró con su santísimo amado Hijo
3. y el Espíritu Santo Paráclito,
en la que estuvo y está toda la plenitud de la gracia y todo bien.
4. Salve, palacio suyo;
salve, tabernáculo suyo;
salve, casa suya.
5. Salve, vestidura suya;
salve, esclava suya;
salve, Madre suya
6. y vosotras todas santas virtudes,
que por la gracia e iluminación del Espíritu Santo
sois infundidas en los corazones de los fieles,
para que de infieles hagáis fieles a Dios.

⁵ Cf. LÓPEZ, S.: “El tema mariano en los Escritos de Francisco de Asís”, en *SelFran* 16 (1987) 171-186.

⁶ RODRÍGUEZ HERRERA, I.: *Los Escritos*, 172.

María fue elegida y consagrada por el “santísimo Padre del cielo” junto con su “santísimo amado Hijo y el Espíritu Santo Paráclito”. He aquí su visión más honda del misterio de María y su lugar en el designio divino, que empieza en la Trinidad, principio de la santificación y de la santidad de María, su plenitud de gracia, que despliega su plan de salvación para los hombres, situando en el centro del mismo a la que estaba predestinada a ser la Madre de Cristo, “al que no puede contemplar sin captar con el mismo golpe de vista a su divina Madre”⁷, como lo expresa también en la antífona para Completas en el Oficio de la Pasión del Señor, que Francisco quiere que se diga también en las demás horas:

Santa Virgen María,
no ha nacido en el mundo ninguna semejante a ti entre las mujeres,
hija y esclava del altísimo sumo Rey Padre celestial,
Madre de nuestro santísimo Señor Jesucristo,
Esposa del Espíritu Santo:
Ruega por nosotros con San Miguel arcángel
y con todas las Virtudes de los cielos y con todos los Santos
ante tu santísimo amado Hijo, Señor y Maestro.

María aparece relacionada con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Nos llama la atención que resalte tan vigorosamente la relación de María con el Espíritu Santo, llamándola “Esposa”, relación de intimidad, cuyo fundamento radica en el hecho de la Encarnación: “Incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine”. La maternidad de María es obra del Espíritu Santo y en ella aparecen juntas la condición humana y divina de Jesús: “del Espíritu Santo y de María Virgen”. Como Madre de Dios, María es santísima, elegida y predestinada por él para que ella acoja en sí, como “palacio, tabernáculo, vestidura y casa suya”, a su santísimo Hijo. Es el Padre del cielo quien introduce a María en la corriente del santo amor, el que la elige y consagra (SalVM 1-3). Así dispuesta y preparada, ella podrá dar su consentimiento de fe y de humildad a la encarnación del Hijo, como le fue anunciado por el ángel (2CtaF 4), según la voluntad divina (1R 23,3), acogiendo al Hijo, revelación de la misericordia del Padre para con los hombres, pecadores, y a cooperar al plan divino de la redención de éstos, de los que será refugio, y quedando, por lo mismo, capacitada para vivir las relaciones excepcionales contraídas con cada una de las Personas

⁷ *Ibid.*, 130-131.

de la Santísima Trinidad: “hija y esclava del altísimo sumo Rey Padre celestial, madre de nuestro santísimo Señor Jesucristo, esposa del Espíritu Santo”.

Llamar a María “esposa del Espíritu Santo” quiere decir “que María, fortalecida con los dones divinos de la gracia, ha respondido a la llamada y ha dado libremente su consentimiento a la acción del Espíritu Santo y, por obra del Espíritu, ha concebido al Hijo, primero en el corazón y después en su seno”⁸. Este pensamiento puede verse reforzado con las palabras de Francisco en su 2CtaF 48-53, donde dice: “Y (en) todos aquellos y aquellas que hicieren tales cosas [...] el Espíritu del Señor hará habitación y morada. Y serán hijos del Padre celestial, cuyas obras hacen. Y son esposos, hermanos y madres de nuestro Señor Jesucristo. Somos esposos, cuando por el Espíritu Santo se une el alma fiel a Jesucristo. Somos ciertamente hermanos, cuando hacemos la voluntad de su Padre, que está en el cielo; madres, cuando lo llevamos en el corazón y en nuestro cuerpo por el amor y la conciencia pura y sincera; lo damos a luz por la santa operación, que debe iluminar a los otros con el ejemplo”.

Esta acción del Espíritu Santo hará que pasemos de *infieles a fieles*, haciéndonos morada suya, puesto que el Espíritu Santo es quien nos une y relaciona con el Padre y el Hijo. Es, además, quien consagra a María en la comunión de Personas de la Trinidad. Francisco, que no fue teólogo, intu- yó con su corazón y su sensibilidad, - dones que recibió de Dios-, con su oración y su amor, los principales principios que los teólogos expondrán en el futuro con orden y sistema, en particular, su visión trinitaria o la comunicación entre los tres divinas personas (1R 23) y la maternidad divina de María (2CtaF 4-5)⁹.

Francisco canta la santidad de María, su plenitud de gracia, y sus espe- ciales vínculos con la Trinidad, porque con todo ello fue hecha digna Madre del Hijo, es decir, madre del Verbo encarnado y no sólo madre del hombre Jesús, que se hizo hombre por nosotros, que vivió como pequeño, pobre y humilde, en obediencia al Padre. Es el misterio de María, a quien Francis- co coloca en el corazón mismo del plan salvador de Padre, realizado por el Hijo, “que, verdadero Dios y verdadero hombre, nació de la gloriosa siem- pre Virgen beatísima santa María, y nos redimió a nosotros, cautivos, por su cruz y sangre y muerte” (2R 23,3).

⁸ Cf. *Manual de Teología franciscana*, 257-8.

⁹ Cf. ANASAGASTI, P.: “Principios teológicos de la piedad mariana de San Francisco de Asís”, en *EstMar* 48 (1983) 369-417.

Es el contenido de la fe cristiana: "El cual, por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación, bajó de los cielos, y se encarnó, por obra del Espíritu Santo, de María Virgen" (Símbolo constantinopolitano). Ella lo hace hombre. Él se abaja, condesciende. Lo expresa de esta manera: "Esta Palabra del Padre, tan digna, tan santa y gloriosa, la anunció el altísimo Padre desde el cielo, por medio de su santo ángel Gabriel, en el seno de la santa y gloriosa Virgen María, de cuyo seno recibió la verdadera carne de nuestra humanidad y fragilidad. El cual, siendo rico sobre todas las cosas, quiso él mismo elegir la pobreza en el mundo con la beatísima Virgen, su madre" (2CtaF 4-5). Ved que diariamente se humilla, como cuando desde el trono real vino al útero de la Virgen (Adm 1, 16).

Francisco canta la pobreza de Cristo y de María, a quien llama afectuosamente "pobrecita" (2C 83, 85, 200; LM 3,10; 7,1; 8,5). Desde el momento de la Anunciación, María está asociada de forma única al Salvador y a la salvación de los hombres. Y, siempre con Jesús y junto a él, es mediación para ir a Dios¹⁰. María es obra de su Hijo, que la consagra (SalV 1-2). Y desde ahí en su relación con la Trinidad (OfP ant 2; SalVM 1-3), como hemos visto, y con los hombres (ParPN 7).

El fervor mariano del siglo XII es el ámbito en que se desarrolla la confesión de fe de Francisco. Cristo, mediador, es camino hacia el Padre, al misterio de la Trinidad. Una devoción verdadera a María ha de estar caracterizada hoy por una conciencia clara de la acción del Espíritu Santo en la vida de los creyentes, que nos haga entender a la Virgen María como la discípula perfecta de Cristo, cuya vida humana, en el itinerario de la fe, se convierte en modelo y "tipo" para aquellos que, dóciles a la acción del Espíritu Santo, viven unidos con Cristo, y en Cristo con el Padre. Algo de esto nos hace entrever la expresión "Virgen hecha Iglesia". Podemos mirar a María como el ideal de la Iglesia y como la encarnación del pueblo creyente, pues la Iglesia es obra maestra del Espíritu (cf Ef 1, 22-23). Desde muy antiguo tenemos expresiones semejantes en los Padres. Así, Clemente Alejandrino dice: "*Una es la Virgen Madre, a la que a mí me gusta llamarla Iglesia*" (Pedagogo I, 6; PG 8, 300 B), y Cirilo de Alejandría la llama "*Santa Iglesia*". En tales expresiones y bajo la consideración de María como "tipo" de la Iglesia subyace un pensamiento sublime y rico en contenido espiritual. Fundamentalmente, *tipo*, es la *marca visible*, que se obtiene al golpear (gr. "típto") un material duro. De ahí la acepción de

¹⁰ Cf. LÓPEZ, S.: "María en la comunicación salvadora del Dios Trino en Jesucristo, según S. Francisco de Asís", en *SelFran* 16 (1987) 339-370.

imagen, estatua, y tropológicamente forma, figura, modelo, tipo. Llamando, pues, a María tipo de la Iglesia, lo hacemos en sentido metafórico, “pero sin olvidar los duros golpes de la noción fundamental, que, desde la espada de Simeón hasta el puñal del Calvario”, como interpreta San Bernardo, “burilaron la excelsa figura, el arquetipo ideal de la Madre de la Iglesia”¹¹.

“Esta devoción [...] se realiza [...] en el esfuerzo de Francisco por asimilar en todo la actitud de María ante el Verbo de Dios. Como primera cosa, el “concepit”: como María, el hombre debe acoger al Verbo de Dios, aceptarlo en actitud de obediencia creyente y dejarse llenar totalmente por Él. Pero el “concepit” –y éste es el segundo momento- debe convertirse en “peperit”: el hombre, obediente y creyente, de nuevo como María, debe dar a luz al Verbo de Dios, darle forma y vida”¹².

Francisco nos ha dejado en herencia una relación especial con María, la Madre de Dios y de los hombres y una serie de fundamentos para construir una devoción mariana seria y recia, como la que nos están reclamando la doctrina de la Iglesia después del Concilio Vaticano II y la acción del Espíritu en los corazones de los fieles.

2. Lugar de María en los Sermones de San Antonio de Padua

San Antonio recoge esta rica herencia del Fundador y, a su vez, la transmite a sus hermanos para que aprendan a transmitirla al pueblo cristiano con su predicación. También resulta tradicional hablar de la vida mariana de San Antonio, de su amor y devoción por la gloriosa Señora, que ciertamente podemos percibir en la lectura de sus Sermones. Pero el lugar de María, en el conjunto de su obra, es más bien discreto, pues queda reducido al marco litúrgico de los temas más directamente marianos y de sus festividades. Esto hace que las diversas enseñanzas sobre la Virgen, y sus contenidos más importantes, aparezcan sin orden lógico, diseminadas por todas partes, según la ocasión le permite cantar sus glorias, para resaltar la figura y prerrogativas de María, mediante toda clase de recursos literarios, de modo que mueva al oyente a la imitación y a la devoción de la bienaventurada Virgen María. Lo cual no significa que no pueda extraerse de su pre-

¹¹ RODRÍGUEZ HERRERA, I.: *Los Escritos*, 176.

¹² ESSER, K.: *Temas espirituales*, 293, Aránzazu 1981.

dicación escrita, -la única que conocemos-, un cuerpo de doctrina mariana, bastante amplio, si bien algo incompleto. Ciertamente hallamos presente una doctrina sobre la maternidad divina, la santidad excelsa de María, su liberación del pecado, su Asunción, su mediación de las gracias, y otros títulos de menor importancia¹³.

Para empezar, juzgo importante resaltar, en primer lugar, el carácter franciscano de la actitud antoniana ante la doctrina y devoción marianas, siguiendo la visión de San Francisco, con quien está vinculado cronológica y espiritualmente. Lo veremos con toda claridad respecto al tema de María, Madre de Dios. No emplea en sus Sermones la terminología abstracta (maternidad), sino la concreta y directa (Madre), como él la contempla y la ama, como la Madre de Cristo, la Madre de Dios, de manera que predomina en él el lenguaje simbólico y poético sobre el lógico y teológico, haciendo que los enunciados resulten más concretos e intuitivos para lectores u oyentes. Es importante resaltar que ni en Francisco ni en Antonio se da un discurso autónomo sobre María, que siempre está puesta al servicio de la redención. Así, colocando a María dentro del misterio de Cristo y a su servicio, viendo a María en su vida concreta, acogiendo la palabra, recorriendo su camino en la fe como fiel discípula, practicando toda una serie de virtudes como actitudes evangélicas y existenciales, en particular la pobreza y la humildad, nos muestra una figura de María muy humana y cercana a nosotros, como modelo en el seguimiento de Cristo. Para Francisco, María es señora pobre (2C 83, 200; LM 7,1); para Antonio, Cristo condive la pobreza de María, a la que aplica repetidas veces el adjetivo de *paupercula* -la extremadamente pobre- (S 243, 769, 871, 1473, 1789, 2015), porque María proporciona en su existencia de pobre la forma visible que nos hace presente la misericordia divina, como nueva Eva, abogada, intercesora. La insistencia de Antonio en la pobreza de María nos indica que la pobreza fue

¹³ Como bibliografía recogemos: Carta encíclica del Ministro General, VALENTÍN SCHAAF, "San Antonio, Doctor de la Iglesia", en *Verdad y Vida* 4 (1946) 537-582; BALIC, C.: "San Antonio de Padua, Doctor Evangélico, y los demás doctores de la Escolástica franciscana", *ibíd.*, 583-613; APERRIBAY, B.: "La Asunción de la Virgen, según San Antonio de Padua", *ibíd.*, 697-710; Íd.: "La encíclica "Ad caeli Reginam" y la realeza de María", *ibíd.* 13 (1955) 137-149.325-347; LAURENTIN, R.: "La Vierge Marie chez Saint Antoine de Padoue", en *Il Santo* 22 (1982), Atti del Congresso Internazionale di studio sui "Sermones" di S. Antonio di Padova. Le fonti e la teologia dei Sermones antoniani, 491-520; CALVO, G.: "Santa María, Madre de Dios, en los Sermones de San Antonio de Padua", en *Verdad y Vida* (1995) 331-348; PÉREZ SIMÓN, L.: *San Antonio de Padua. Exposición sistemática de su predicación*, Madrid 1998, 279-296; *Manual de Teología Franciscana*, 264-271.

una virtud muy amada por él, que lo atraía fuertemente ya antes de ser franciscano, cuando, siendo canónigo regular, la veía reflejada en la vida de los frailes que iban por limosna a su monasterio. Al igual que Francisco, verá la gloria de Cristo en la pobreza y en la humillación. Ambos predicán a Cristo pobre y crucificado. Así nos dirá: “Cristo es el mayor don de Dios a la humanidad” (S 481), pero “venido en forma de siervo” (S II 2025), “humillado en el vientre de la Virgen; pobre en el pesebre del ganado; peregrino en el patíbulo de la cruz” (S 73), “dichoso el vientre de la Virgen gloriosa, que mereció llevar durante nueve meses al que es todo bien, sumo bien” (S 241), “la Hija fue portadora del Padre, la Virgen, pobrecita, llevó al Hijo [...] Con la cabeza inclinada adorad reverentemente el templo de Dios, el sagrario del Espíritu Santo, el bienaventurado vientre cercado de azucenas” (243).

De la misma manera ve a la Virgen María. En ambos la presencia y valoración de la verdadera humanidad de Cristo y de la maternidad de María son medios para refutar la herejía de los cátaros y docetas. La piedad mariana de ambos se asienta en los misterios de Cristo, en los que María aparece como socia, cercana a los hombres, misericordiosa.

Y para expresar esa piedad en sus plegarias se sirven de los títulos de la tradición, de florilegios diversos, de la Biblia, de la liturgia, y también de la literatura cortés del siglo anterior, donde se la llama *señora, reina, gloriosa, abogada, madre*... con todas las connotaciones que les son propias en sus diferentes contextos. Cuando el primer poeta de nuestra lengua, Gonzalo de Berceo (c.1198-c.1265), escribe su obra titulada *Milagros de Nuestra Señora*, nos da un tratado sobre María, *medianera* de todas las gracias, intermediaria entre Dios y los hombres, dinámica a la manera humana. Y se sirve para ello del símbolo de la alegoría frente a lo abstracto del dogma para darnos la sensación de lo vivencial (lo que entra por los sentidos) unida a lo racional, logrando el efecto de sentirnos cercanos, de participar, de convivir con la realidad. La fe en la providencia se manifiesta artísticamente en María con toda su carga afectiva de *madre, mujer, dama, señora, y medianera* bien que de un Señor más alto, Cristo, Rey. Vemos en él una serie de símbolos, como el del romero (el hombre peregrino), la sombra (protección de María), las flores (cualidades o virtudes), que están también presentes en San Antonio¹⁴. Ya antes el monaquismo medieval había realizado la unión entre el amor cortés por la Dama y el amor místico por Nuestra Señora, como prueban los cantos y plegarias de la Liturgia de la época.

¹⁴ GONZALO DE BERCEO: *Milagros de Nuestra Señora*, ed. de Juan Manuel Rozas López. Barcelona 1986.

San Antonio, dentro del franciscanismo, es considerado como un anillo que conectó la cadena de la antigua tradición agustiniana con la cadena de la entonces apenas naciente Escuela franciscana; fue precursor de los grandes maestros franciscanos; autor y guía de algunas formas de piedad y devoción, las cuales florecieron primero en el recinto de la Orden y se universalizaron después, recibidas por los fieles¹⁵. Aunque las historias no recogen su nombre, San Antonio fue “profundo teólogo positivo, gran exegeta, también teólogo especulativo, precursor de la escuela franciscana; el eslabón que unió la cadena de la vieja tradición agustiniana a la escuela franciscana”¹⁶.

3. Principales títulos de María en San Antonio

Resulta anacrónico usar el término “mariología” en San Antonio por la razón de que dicho término, en el sentido de exposición sistemática de su doctrina mariana, es de 1602, y antes de esta fecha no hay un “tratado ex profeso”. Además, la doctrina mariana de San Antonio no es completa, ni siquiera sustancialmente completa, pues hay en ella lagunas, propias de la época, comienzos del siglo XIII. Ésta es la opinión de René Laurentin en su estudio serio y crítico, quizás un tanto reductivo sobre alguno de los títulos o prerrogativas de María¹⁷.

¹⁵ Cf. VALENTÍN SCHAAF, o.c., 555-556. Recoge el agustinianismo de San Antonio por el método y estilo de exponer la Sagrada Escritura, por el simbolismo universal y por la primacía de la caridad (p. 559) y como temas marianos de la Escuela Franciscana, en germen en los Sermones, los de la predestinación de María para Madre de Dios, independientemente de nuestros primeros padres, por lo que no pudo contraer la mácula ni el desorden (p. 572), la santidad de María (p. 572), medianera (p. 574), asunción en cuerpo y alma (p. 575).

¹⁶ Cf. CARLO BALIC, o.c., 584. A la pregunta: *¿Puede ser considerado san Antonio como doctor escolástico?*, responde el autor: San Antonio puede y debe ser considerado doctor escolástico, pero del comienzo del siglo XIII y no de la aetas aurea (p. 588), sino de la época preparatoria e introductoria a la escolástica. Los contemporáneos lo exaltaron grandemente. La reticencia actual sobre el particular es debida a otros criterios, pero esto es debido a que no nos han llegado ni el texto de sus lecciones, ni sus disputas, ni su predicación, sino solo un cúmulo de pensamientos compilados para utilidad de los predicadores (p. 590). San Antonio es un teólogo de su tiempo, pero sobre todo es un apóstol, un maestro, un doctor (592). Recoge las características de su franciscanismo (p.598-9), primer gran escritor de la Orden (p. 603), en quien concurren celo, doctrina y santidad, reconocido predicador ideal (p. 606), primer organizador científico del ideal franciscano (p. 607).

¹⁷ LAURENTIN, R.: “La Vierge Marie chez Saint Antoine de Padoue”, en *Il Santo* 22 (1982) 491-520. En este estudio revisa las tres monografías bajo el título “La mariología de San Antonio de Padua”, correspondientes a G. ROSCHINI, en *Marianum* 8 (1946) 17-67, a L. DI FONZO, ofmconv, en Poliglotta Vaticana, Roma 1947, y a B. COSTA, ofmconv., 1950.

Santa María, Madre de Dios. El amor mayor que Dios podía expresar a María era asociarla a la Persona del Hijo de la manera más vinculante posible, convertirla en su madre, en su plan de salvar a los hombres. Ser madre y estar asociada a la salvación es la grandeza de María. Es don único y gratuito, gracia, amor de Dios a María y de María a Dios por su Hijo. Para este fin fue predestinada, elegida y preparada. Modernamente, desde 1935, todos los mariólogos coinciden en que la maternidad divina es el principio de donde derivan todos los privilegios de María, el que ha de vertebrar la mariología, aunque con anterioridad haya silencio sobre esta cuestión. Por lo mismo no busquemos en San Antonio un principio que sea clave para construir u organizar sistemáticamente un tratado. No obstante, empezamos con este título, que es el fundamento de la dignidad de María. Dice el santo: “¡Qué grande es la dignidad de María, que mereció ser madre de aquel que es fundamento y hermosura de los ángeles y belleza de todos los santos... Desde la creación del mundo la Madre de Dios fue predestinada según el Espíritu de santificación [...] Fue lugar de santificación de nuestro santificador, en el cual él mismo se santificó y nos santificó a nosotros” (S 111).

Llama a María “mater Dei” cuatro veces; “mater” 19 veces. La tradición, desde San Ambrosio, llamaba a María “Mater Dei”. Nunca usa el término clásico “Dei genitrix” ni “Deipara”, que son la traducción directa del griego “Theotókos” (=la que engendra a Dios). Preferencia clara por lo concreto “madre de Dios” frente a lo abstracto “maternidad divina”. Más frecuentemente se dirige a María con los términos “beata/beatísima” (90 veces), “virgo” (75). Con el nombre propio “María” (82 veces).

Tanto sobre el tema de la maternidad como sobre los demás, es preciso recoger los elementos que aparecen dispersos por todos y cada uno de los Sermones, fruto de sus lecturas de la Palabra de Dios, de la Liturgia, de los Padres y Doctores de la Iglesia, como fuentes de su predicación, que pretende sobre todo que la invoquemos e imitemos¹⁸. El lugar propio en que la contempla como madre es la Encarnación y la generación del Verbo, sin conceptualizar en maternidad divina. Estamos, pues, en la perspectiva patristica del “admirable intercambio”, que la liturgia canta en el tiempo de la Navidad. “Jesús fue llevado al vientre de la Virgen solamente por la misericordia” (S 95). Dentro de esta contemplación toma especial relieve el aspecto de humillación de Cristo en el momento de recibir la humanidad de María en su encarnación. A este respecto toma pie de San Agustín, que dice: “El Hijo de Dios recibió de la bienaventurada Virgen la naturaleza humana;

¹⁸ Cf. CALVO, G.: “Santa María, Madre de Dios, en los Sermones de San Antonio de Padua”, en *Verdad y Vida* 53 (1995) 331-348.

el Padre dio la divinidad; la Madre la humanidad; el Padre, la majestad; la Madre, la debilidad"¹⁹, de cuyo principio hace diversas variaciones, según las circunstancias: "Cristo descendió al vientre de la Virgen humildísima. Tuvo doble herencia: por parte de la Madre, trabajo y dolor; por parte del Padre, gozo y descanso" (S 487), "se humilló encarnándose en la bienaventurada Virgen María, puerta cerrada, según Ez 44,2-3" (S 677), "inclinó la cabeza de la divinidad en el vientre de la pobrecita Virgen [...] se encogió en el tálamo de una doncella, donde habitó nueve meses" (S 871), "el primer camino, del Padre a la madre, fue camino de caridad; el segundo, de la madre al mundo, fue camino de humildad. En María te hiciste camino de humildad" (S 895), "humildad del Hijo de Dios que se hizo pequeñito en el seno de la Virgen gloriosa" (S 1035), "la humildad reclinó la cabeza de la divinidad en el regazo de una Virgen pobrecita" (S 1473).

La bajada en carne al seno de la Virgen Madre fue humillación. Lo repite tanto que una vez concluye, diciendo: "No insistiré más en esto" (S 1821).

El principio de la humillación, la "kénosis", servirá a San Antonio para reforzar la oposición abajamiento/gloria, cuando en sus consideraciones sobre la Pasión ve en ésta la Realeza de Cristo, y en la humildad, su gloria. Por eso también la humildad es una de las virtudes preferidas por el santo y una de las tres principales de María - humildad, virginidad, pobreza- (S 1113), que es "vaso de oro sólido por la humildad y la pobreza" (S 1113), "asiento de oro fue la humildad" (S 771). La gloria de María va junto a la pobreza. Pobreza y humildad fueron llamadas por Pablo VI "la vía pulchritudinis", la que nos lleva a descubrir hoy la belleza de María, que San Antonio expuso por medio de imágenes astrales: sol (S 1057-1085), luna (S 1055), estrella (S 249, 895, 1051, 1725, 2095, 2103, 2109): "El vientre de María fue templo de mármol por su virginidad, cedro por su humildad, oro por su pobreza" (S 1409). "Enriquecida con tanta riqueza de virtudes, elevada con tantas prerrogativas de merecimientos, fue, sin embargo, pequeña, o sea, humilde" (S 2033)²⁰.

Otras imágenes de que se sirve están tomadas principalmente del AT, como *morada* (S 2115), *casa* (S 361), *trono* (S 769-771), *arca de la alianza* (S 1065, 1075), *tabernáculo* (S 1093), *templo* (S 1407), *vaso* (S 1057), *castillo* (S 1121), *granero* (S243, 1863), *cesta* (S 1095), *vara* (S 1039, 1053), *olivo* (S 1075), y otras tomadas de la tradición y de la lírica popular, como *jardín cerrado* (S 1089, 1097), *fuelle o puerta sellada* (S 1097), que

¹⁹ S. AGUSTÍN, *In Ioan. Tractatus*, 8, 9, PL 35, 1455-6.

²⁰ Para las virtudes, cf. PÉREZ SIMÓN, L., *San Antonio de Padua*, 187-221.

aluden a su virginidad. De todas se sirve para cantar e iluminar la grandeza de María. Con ellas construye bellas, y a veces atrevidas, metáforas y comparaciones, que con frecuencia convierte en simples afirmaciones directas. La presencia del que habita en ella hace grande a María. “Tesoro en un sepulcro es Dios en el cuerpo tomado de la Virgen” (S 1993).

Para la encarnación del Verbo el Padre escogió una Madre, que es “trono de gloria excelso desde el principio” (S 1109), “llena de gracia singular de antemano” (S 243), “de la que asumió una carne inmune de pecado” (S 689), “una naturaleza como la de Adán antes del pecado” (1071), “que produce cambios en nosotros” (S 1863). “Dado el consentimiento de María, vino el Espíritu Santo, que la purificó y la preparó para recibir la deidad del Verbo y la capacitó para engendrarlo [...] Y unió a sí mismo, de la purísima sangre de María, la carne de nuestra masa antigua, animada por el alma racional e intelectual, creándola por obra del Espíritu Santo” (S 1415). “El Padre dijo al Hijo: Toma el incensario de la humanidad, fabricado por la sombra divina, es decir, por obra del Espíritu Santo en el vientre de la Virgen gloriosa. Él [...] extinguió en ella totalmente la inclinación al pecado” (S 527). “El Espíritu Santo la preparó para que fuese digna del parto celestial y creó en su vientre el cuerpo del redentor de la carne de la Virgen para que así pudiera soportar a Dios...Convenía que la que contra el orden de la condición humana concibió permaneciendo Virgen, engendrara al Hijo de Dios superando el mismo orden” (S 2101).

Dentro de la maternidad divina de María se suelen considerar otros aspectos de esta maternidad. En primer lugar su *maternidad espiritual* para con los hombres, como dice y explica LG 8, 53, 54. Pablo VI escribió en la introducción a la *Marialis Cultus: Dios ha colocado en su familia –la Iglesia–, como en todo hogar, la figura de una mujer que, calladamente y en espíritu de servicio, vela por ella y protege benignamente su camino hacia la patria*. Y la proclamó *madre de la Iglesia* el 21 de noviembre de 1964 con estas palabras: *Madre de todo el Pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores, que la llaman madre amorosa*. Es madre de Jesucristo, y, como tal, madre, a la vez, de los cristianos. Significa esto que la maternidad divina es, a la vez, una maternidad espiritual soteriológica, pues la hizo “madre del Salvador de los hombres”, siempre asociada a la obra redentora. Maternidad espiritual sobre los hombres en la vida divina al incorporarlos a Cristo, Cabeza y vivificador de los hombres; maternidad espiritual subordinada a la capitalidad de Cristo, que, en virtud de la unión hipostática tiene la plenitud de la gracia habitual que santifica a la humanidad. De manera análoga, María, por su maternidad divina, y por su unión a la fuente de la gracia, posee la gracia santificante y es coprincipio de regeneración. María estuvo llena de la gracia de Dios como preparación a la

maternidad, para que fuera capaz de responder al infinito acto de amor de Dios, que la eligió. En segundo lugar su *maternidad corredentora*. Dicen los mariólogos que, en el instante de la encarnación de Cristo en las entrañas de María, quedamos concebidos en Cristo en su seno, hechos solidarios con él y con ella, en la gracia capital de Cristo y en la gracia maternal de María; y que esto hubiera bastado para nuestra regeneración divina, pero el plan de Dios incluyó toda la vida de Cristo y de María, hasta la cruz, pasión de Cristo y compasión de María, como causa meritoria y satisfactoria de la regeneración completa. Finalmente, *maternidad mediadora y dispensadora de la gracia*. María unió a Dios con los hombres y a éstos con Dios en Jesucristo. La maternidad divina une a Dios con la humanidad, y la maternidad espiritual une a todos los hombres a Dios en Cristo (cf LG 60, 62). María, en dependencia y colaboración con Cristo, su Hijo, dador de toda gracia, interviene en la concesión a los hombres de las gracias y dones sobrenaturales, de manera que se convierte en “madre de la divina gracia”, que diviniza a la humanidad por Cristo (cf LG 62). Es nuestra *abogada*, que intercede por sus hijos ante Dios, se interesa por remediar sus necesidades con su poder y valimiento. Es madre que está cerca de sus hijos.

Está claro que un desarrollo doctrinal tan preciso de los aspectos sucintamente mencionados es fruto de la reflexión teológica de mucho tiempo sobre la figura de María, que no se puede pretender hallar en San Antonio. Es más, reconocidos teólogos reducen ese papel de María para con los hombres en los Sermones de San Antonio. Así René Laurentin, en el estudio citado, dice que nunca llama San Antonio a María “madre de los hombres” ni le da el título de “medianera” (?), sino que la llama “reina, nuestra reina, reina celestial”, porque la ve ahora ensalzada en la gloria en virtud de su humildad. Juzga anacrónica para San Antonio la tesis de una mediación universal, y artificial poner en él una distinción entre el rol de María ayer y hoy, aunque no lo separa, porque considera los misterios de la vida de Cristo y de María en una perennidad irradiante, en la que la comunicación es, a la vez, ejemplo y presencia. San Antonio describe el influjo de María hacia los hombres por medio de imágenes, que dependen del texto que es objeto de comentario, y que se falsearían materializándolas alegóricamente, sin explicar sus mecanismos, ni informarnos sobre la manera de actuar de María. Lo simbólico se entiende junto con la inspiración, no por la extrapolación de cada imagen usada, sin explicar los detalles de cada imagen.

No obstante, afirma el referido autor, hay que retener una relación viva de María con los hombres, sin sistematizarla. No debemos ver en la acción de María una mediación que ralentiza la acción de Dios, sino más bien entender que Dios releva la intercesión de María, la cumple, la concede. Por eso, San Antonio comienza siempre sus oraciones a María con la invo-

cación de Cristo, y sobre él acaba la conclusión, expresando su cristocentrismo y el lugar que deja entre él y María. Por eso, parece más original ver en San Antonio la relación personal e íntima de María con los hombres bajo la forma de una “presencia de María”, que vela, protege y cuida de quienes la buscan por los caminos del evangelio, que expresa de la mejor manera la relación viva de María con los hombres en el designio divino (Madre) y en la comunión de los santos (Hermana). En una de las oraciones conclusivas dice: “Te pedimos, Señora nuestra, esperanza nuestra, que Tú, estrella del mar, irradies luz a nosotros, sacudidos por la tempestad de este mar, nos encamines al puerto, y protejas nuestra muerte con la tutela de tu presencia” (S 249).

Presencia que se percibe cuando dice: “Advierte que la bienaventurada Virgen, trono del Hijo de Dios, se llama *columna*, porque sustenta nuestra fragilidad” (S 769).

Muy distinta es la forma de entender la mediación de María que manifiesta Berceo en *Los milagros de Nuestra Señora*, donde María aparece como mujer dinámica a la manera humana, quizás demasiado humana algunas veces, frente a la quietud del Dios representado en el arte románico. La Gloriosa es, en los Milagros, una medianera total, que lo ocupa todo, sin mencionar a Dios ni a Cristo, y es que el vasallaje es servicio a cambio de protección. María protege, cual Señora, a sus devotos, a sus amigos y vasallos. Estamos en una visión feudal del mundo, en que María recibe vasallaje de los hombres, a los que defiende. La Virgen tiene actitud humana para hacer ver con ojos humanos su actitud de defensora y apasionada por sus vasallos. En definitiva, mucho dependerá con qué actitud semántica nos enfrentemos a los textos.

Veamos algunos pasajes de los Sermones sobre los aspectos referidos antes. San Antonio no llama a María “madre de los hombres”, ni “madre mía”, sino “madre de Dios”. Ahora bien, acerca de la maternidad *espiritual* de María tiene un texto que dice: “No huye de ningún pecador, al contrario recibe a todos los que se refugian en ella. Por eso es llamada madre de misericordia: misericordiosa para con los miserables, esperanza para con los desesperados” (S 2031). En esta expresión bien pudo hacerse eco del título “madre de la misericordia”, conocido ya en el siglo X, y muy extendido, título que originariamente significó “madre de Cristo”, por cuanto Cristo es “la misericordia en persona”, la misericordia del Padre para con los hombres. En el texto queda, no obstante, María “madre misericordiosa”, que, al menos cuando dijo *no tienen vino*, mostró su mucha compasión para con los penitentes (S 1099). La invoca también como esperanza: “Ea, pues, Señora nuestra, única esperanza, te suplicamos [...] (porque) al entrar el Sol en ella, se transformó en arco iris refulgente, señal de alianza, de paz y de

reconciliación entre Dios y los pecadores. Se hizo la paz, porque el mismo Hijo de Dios y de la Virgen, satisfaciendo al Padre por la culpa del hombre, refrenó su ira para que no hiriera al hombre... Contemplar la belleza del arco iris, es decir, la belleza, santidad y dignidad de María, lleva a bendecir con el corazón, la boca y las obras a su Hijo, que así la creó" (S 1065), "esperanza del pueblo cristiano" (S 1113). "Ella es medicina de los pecadores que se quemaron en el fuego de los vicios" (S 1083). "*Ciudad de refugio*. Así ahora la misericordia del Señor ha puesto como refugio de misericordia el nombre de María hasta para los homicidas voluntarios. "*Torre fortísima* es el nombre de María. En ella se refugiará el pecador, y se salvará [...] Nombre dulce, que conforta al pecador, nombre de dichosa esperanza. Señora, tu nombre está en el deseo de mi alma. Es júbilo en el corazón, miel en la boca, melodía en el oído" (S 247).

No la llama hermana nuestra, sí de Cristo: "María se dice hermana de Cristo por el parentesco de la carne" (S 1097). Nosotros nos hacemos "madre" cuando hacemos el bien: "La madre es la buena voluntad que, divinamente inspirada, concibe la buena obra en el afecto y la da a luz en el efecto. Por ejemplo: tienes buena voluntad, pero si todavía no te has propuesto el bien en el corazón, tu voluntad es estéril. Y la mujer estéril es maldecida en Israel. Cuando te resuelves a practicar el bien, entonces concibes; cuando realizas la obra, entonces das a luz" (S 1925-7). Compárese este texto con el de San Francisco, CtaF 50-53. "El Señor no solo guarda la plenitud de la gracia interiormente, sino también produce externamente la bendición de las obras santas [...] Pues aunque se nos anticipa con su gracia, conservándola, somos cooperadores" (S 591).

En los Sermones sí percibimos la presencia de María en los misterios de la vida de Cristo, asociada a ellos, como misterios salvíficos para los hombres. Esta relación salvífica de María para con los hombres es la que explica mediante diversas metáforas.

La maternidad *corredentora*, en el sentido en que se explicará en los siglos XVII-XIX, no está presente en los Sermones de San Antonio, que ofrecen, no obstante algunos pasajes de interés, mostrándonos a María asociada a su Hijo. Efectivamente, María cooperó físicamente cuando prestó su cuerpo, y espiritualmente cuando dio su asentimiento a la encarnación del Verbo, acogiendo el plan divino, con lo que se avecina al misterio de la Trinidad, y se convierte en gloria del género humano. San Antonio habla expresamente de "segundo parto, doloroso y amargo", interpretando el nombre de María como "mar amargo", haciéndola partícipe de la amargura de la Pasión de su Hijo y de sus hijos necesitados. Por lo que el Calvario es para María la hora dolorosa de su maternidad espiritual. (cf RM 16, 21).

“María fue ara, porque, ardiendo en el fuego del amor divino, se ofreció a Dios como sacrificio de olor agradable” (S 1041). “María, estrella, lucero, ahuyentó las tinieblas y anunció el sol a los que habitaban en las tinieblas [...] Ayúdenos el Señor, que te creó para que seas nuestra luz” (S 1053-55). “Consoló a su Madre cuando lloraba por causa de la Pasión, diciendo: Mujer, ahí tienes a tu hijo” (S 1557), “encomendando la Virgen a un virgen” (S 1433). “El sufrimiento de María en la Pasión del Hijo fue como una espada que le atravesó el alma. El parto de María en la carne fue virginal, lleno de gozo, porque permaneciendo virgen dio a luz sin dolor [...] Debemos reír con la bienaventurada María y gozar con ella en el nacimiento de su Hijo. Debemos asimismo acompañarla en el dolor de la Pasión de Jesús, pues una espada le atravesó el alma: entonces tuvo lugar el segundo parto, doloroso y lleno de amargura. Nada de extraño, pues veía clavar en el madero, colgar entre ladrones al Hijo de Dios que, ella, siendo Virgen, había concebido por obra del Espíritu Santo y, siendo Virgen, había dado a luz” (S 1747-49). “María significa mar amargo, porque en la Pasión le tocó en suerte el nombre de amargura” (S 1769, 1861, 2017). “La cima de la bienaventurada María fue la caridad, por cuyo mérito ocupa el lugar más alto en la eterna felicidad, que no tiene ni fin ni principio” (S 771). “Es la vida que echó raíces más a prisa que ningún otro y más profundas en el amor de Dios y de modo inseparable se entrelazó con la vida verdadera, su Hijo” (S 247).

María, *mediadora y dispensadora de la gracia*. San Antonio llama a María *mediadora*, y no es de extrañar, pues se trata de un término que se viene usando desde el siglo VI, y se extendió en el XI y, sobre todo en el XII, por la propagación de las fórmulas de San Bernardo y de las literarias propias del tiempo. Otra cosa será la extensión y contenido que se atribuya al término. La anunciación es el momento en que se justifica en María el título de Medianera o Mediadora. Es el momento en que ella se halla en posición intermedia entre Dios y los hombres. Después será ya Cristo el único mediador universal, y solo como participación y en dependencia de esa mediación puede serlo María, lo cual se expresa tal vez mejor con el término “intercesión”, que es más tradicional. A María le corresponde una cooperación singular y única por su relación y estrecha unión con el Hijo y con su obra (cf LG 60, 61), alcanzando así la misericordia divina. Veamos algunos pasajes a este respecto.

“La bienaventurada Virgen María, *nuestra medianera*, restableció la paz entre Dios y el pecador. De ella se dice en el Génesis: *Pongo mi arco en las nubes para señal de mi pacto con la tierra*. El arco iris es de dos colores: color de agua y color de fuego. El agua, que nutre todas las cosas, significa

la fecundidad; el fuego, cuya llama no puede ser herida por la espada, la inviolable virginidad de la bienaventurada María. Ésta es la señal de la alianza y de la paz entre Dios y el pecador... Seguro acceso, oh hombre, tienes ante Dios, pues tienes delante del Hijo a la Madre, y al Hijo delante del Padre. La Madre muestra al Hijo el pecho y los senos; el Hijo presenta al Padre el costado y las llagas. No habrá, por tanto, ninguna repulsa donde se encuentran tantas señales de amor" (S 1075).

"Para hacer las paces entre Dios y el hombre fue necesario que el Hijo de Dios recibiese esposa de nuestra parentela [...] El Padre envió al Hijo, que se unió a nuestra naturaleza en el tálamo de la bienaventurada Virgen, entonces el Padre preparó la boda a su Hijo" (S 1413-5). "Te rogamos, pues, Señora nuestra, santa Madre de Dios, que en este nacimiento de tu Hijo, a quien diste a luz siendo virgen, lo envolviste en pañales y reclinaste en el pesebre, *nos obtengas de él* el perdón y que, con el unguento de tu misericordia, cures la quemadura de nuestra alma, que contrajimos con el fuego del pecado, a fin de que merezcamos llegar al gozo de la fiesta eterna" (S 1085). "María es llamada puerta, porque por ella sacamos los dones de la gracia" (S 1097). "La bienaventurada María, por ser valle, fue colmada y de su plenitud todos nosotros, vacíos, recibimos" (S 1711). "A ti, bienaventurada Virgen, alabanza y gloria, porque hoy estamos saciados con la bondad de tu casa, es decir, de tu vientre. Nosotros, antes vacíos, ahora llenos; antes enfermos, ahora sanos; antes malditos, ahora benditos" (S 1863). "Gracias te sean dadas, Virgen gloriosa, pues por ti está Dios con nosotros" (S 1865). "Ésta es la Virgen gloriosa, princesa y reina nuestra... De ella nació nuestra risa" (S 1867, 1953). "Gloria a ti, que nos diste la salvación por medio de tu Hija y Madre, la gloriosa Virgen María" (S 1101).

Virginidad de María. La virginidad de María ocupa un primer plano en San Antonio, que, siguiendo a los Padres, ve en ella un signo específico de la divinidad de Cristo. "Ella, la Virgen de las vírgenes, por encima de todas las vírgenes" (S 245). En este sentido cita con frecuencia a San Bernardo. La virginidad no es para San Antonio un mero símbolo, sino algo que personaliza a María, que "no conocía varón" (cf Lc 1,34). En el orden espiritual, la virginidad significa, y es, entrega y fidelidad entera en la fe y en el amor a Cristo, que es el autor del santo propósito, y se extiende a todo el ser, alma y cuerpo, para hacerse consagración o dedicación a Dios. "Virgen por la integridad de la fe" (S 2105). Por eso, María es "la primera entre las mujeres que ofreció a Dios el glorioso don de la virginidad" (S 2095). "María aplastó la cabeza del demonio cuando emitió el voto de virginidad" (S 1095).

Para exponer y explicar esta prerrogativa de María se sirve de la tradición bíblica y patristica: jardín cerrado, fuente sellada, puerta, “virgo de radice Jesse”: “La zarza y la vara es la bienaventurada María, que sin dolor dio a luz al Hijo de Dios, conservando intacta su virginidad” (S 1039); “en el nacimiento, vino como lluvia sobre el vellocino de la Virgen” (S 1089); “vino para hacerse un vestido de lana de oveja, es decir, de la Virgen, oveja por su inocencia; [...] recibió la lana incorrupta que la oveja poseía antes de que el lobo la hubiese desgarrado” (S 1069-1071). “María es como el desierto en que cayó el rocío mañanero [...] Es llamada piedra del desierto; piedra, porque no es posible surcarla con arado; desierto, porque fue intacta, no fecundada por semen viril, sino que concibió por obra del Espíritu Santo” (S 1067). “Fue jardín cercado con el muro de la humildad, con el muro de la pobreza, fuente sellada con el sello de la virginidad. María es llamada puerta abierta, porque por ella sacamos los dones de la gracia. Es cerrada, y por ella no pasó varón alguno, su espíritu no estuvo abierto a tentación alguna, ni su carne conoció contacto con varón. María sintetiza la vida de todos los santos; en ella tienen cabida todas las virtudes” (S 1097), entre las que no podía faltar la caridad: “el pistilo en medio de la azucena fue la excelencia de amor divino en el corazón de la Virgen” (S 1083). “El vientre la Virgen gloriosa fue como un *montón de trigo*. *Montón*, porque en él fueron reunidas todas las prerrogativas de méritos y premios; *de trigo*, porque en él, como en el granero, se guardó el trigo para que no pereciese de hambre todo Egipto” (S 729 VER), “el trigo es figura del amor al prójimo” (S 921).

Tiene también presentes los textos de la liturgia y profesiones de la fe: “nacido de la Virgen María, sin concurso de varón” (S 17, 1495), “siempre Virgen, intacta antes del parto, en el parto, después del parto” (S 95).

Esta virginidad, interior y exterior, está simbolizada por la blancura de la azucena y defendida por la humildad: “La azucena significa la Virginidad de María, defendida por el valle de la humildad. En lo que se significa la doble virginidad, la interior y la exterior. El Hijo de Dios, al ser concebido, recibió la carne verdadera de la Virgen, y, al nacer, conservó intacta la virginidad de la madre” (S 243).

Acude incluso a los bestiarios, -indicio del comienzo de la incorporación del saber científico a la teología-, realizando comparaciones verdaderamente atrevidas. Así compara a María con la abeja, “que engendra sin coito, lo mismo que María, por obra del Espíritu Santo”. La misma razón lo lleva a convertir, quizás por primera vez, al elefante en símbolo de María, porque huye del mal olor. Escribe: “El marfil, colmillo de elefante, es blanco y frío, y simboliza la doble pureza: la blancura, la pureza de espíritu; la frialdad, la pureza del cuerpo; las dos se dieron en el tálamo de la Virgen

gloriosa. Se dice en las Ciencias Naturales que el elefante es el más domesticable y obediente de todos los animales salvajes, pues acepta y entiende bien las instrucciones. Por eso se le enseña a adorar al rey y tiene buenos sentimientos. Huye sobre todo del olor del ratón, el cual, como dicen algunos, nace de la humedad de la tierra. Por eso, el ratón (mus en latín) es tierra, que se dice humus. En este lugar, el elefante es figura de la bienaventurada Virgen, que fue la más humilde y obediente de todas las criaturas, y adoró al Rey, su Hijo. El ratón significa la lujuria, nacida de la humedad de la tierra, es decir, del placer de la gula. La bienaventurada Virgen huye no solo de ella, sino incluso de su mal olor, pues se asustó cuando la saludó el ángel" (S 1061).

Pero acude con más frecuencia al mundo de las flores: "Dio a luz al Salvador como da perfume la flor de la cepa. Después que difunde el olor, la flor de la cepa queda incorrupta. Cree asimismo que el pudor de la Virgen quedó inviolado habiendo dado a luz al Salvador. La flores de la vid son la fecundidad sin corrupción y el parto sin dolor" (S 247). "Como azucena, que no pierde la flor al difundir su perfume, así la bienaventurada Virgen no perdió la flor de su virginidad por haber dado a luz al Salvador" (S 1073). "Rosa y azucena simbolizan a María, porque así como éstas no estropean sus flores al dar su fino olor, así María permaneció Virgen al dar a luz" (S 1077-85). "Se posó en la flor, símbolo de la bienaventurada Virgen en Nazaret" (S 1071). "El bienaventurado vientre cercado de azucenas" (S 243), "en el vientre de la bienaventurada Virgen, jardín de delicias, fue plantado Cristo" (S 763), "entre azucenas se deleita el Hijo de la Virgen María" (S 1283).

Hay también una serie de textos sobre la virginidad que reflejan en alguna medida el espíritu caballeresco de la sociedad de entonces, con las damas y musas de sus ensueños, así como el recurso literario del *locus amoenus*. Son muchas las veces que llama a María "tierra bendita o tierra virgen" (S 183, 811, 815, 1039, 1079, 1089, 1601, 2161), "paraíso, jardín, vientre virginal, de donde salió Cristo" (S 1087, 1097, 1141), "jardín de delicias" (S 763), María fue "la madre y la hija del príncipe, es decir de Jesucristo" (S 897).

Así de amplio y hermoso es el canto de San Antonio a la virginidad de María, que podemos concluir con esta cita: "Nazaret quiere decir flor, o unción o consagración, porque allí estaba la flor de la virginidad, allí la unción de la gracia septiforme, allí la consagración de la Virgen gloriosa [...] (María) hermosa por la humildad, amada por la caridad, dulce por la contemplación, encantadora por la virginidad, como la Jerusalén celeste, donde Dios mora, y la Virgen es su morada [...] La elevó con el amor nuevo de la castidad a las cosas celestes y después, mediante la naturaleza huma-

na de Jesucristo, la consagró con toda la plenitud de la divinidad [...] Es bendita, porque esperó la bendición de todos y, esperándola, la recibió; bendita, porque no fue estéril ni inmunda; fue fecunda sin rubor, grávida sin molestias, madre sin dolor; mujer sin igual al ser Virgen y Madre, que llevó a Dios en su seno [...] El Hijo es Dios y la Madre es Virgen. Ni otro Hijo convenía a una Madre Virgen, ni otro parto convenía a Dios Hijo” (S 2093-97). “Su Madre puede gloriarse de no haber perdido en el mundo la flor de la Virginitad a pesar de no haber sido reclusa ni monja” (S 1263).

Inmaculada Concepción. En los Sermones no aparecen ni el término *concepción inmaculada* ni los temas centrales del dogma definido por Pío IX el 1854, (*preservada de toda mancha de pecado, desde el primer instante de su existencia*), ni siquiera se menciona la fiesta de la Inmaculada Concepción que se extiende de Inglaterra a Francia a partir de 1227, si bien ni los teólogos ni los predicadores del tiempo tienen claro el objeto de dicha celebración, de carácter local y sin aprobación de Roma en vida del Santo, ya que la tradición, desde San Agustín, sólo reconocía a Jesucristo como el único exento de todo pecado por su concepción virginal y que todos los demás eran pecadores y estaban necesitados de la redención del único Salvador. Se admite la santidad de María con la reserva en torno al pecado original, por la tesis de la universalidad del pecado. Así, pues, es tesis común que San Antonio no se planteó la cuestión de si María fue o no fue preservada del pecado original en el mismo primer instante de su concepción. Sí se preocupó de presentarla libre de cualquier culpa personal y de la concupiscencia.

Al principio del siglo XIII ningún teólogo del continente europeo enseñó este gran privilegio. Pedro Lombardo y San Bernardo, a quienes San Antonio cita en los Sermones, lo negaron explícitamente. Antes del final del siglo XV no hay teólogo que cite a San Antonio sobre la Inmaculada²¹. A pesar de lo cual, existe una corriente según la cual San Antonio no sólo no negó la Inmaculada Concepción, sino que, antes de que el problema fuera propuesto y resuelto en la *aurea aetas* de la Escolástica, ya habría alcanzado y enseñado el privilegio mariano, y que el mismo Duns Escoto habría heredado de él esta doctrina. Pero el modo con que se intenta probar este aserto se revela contrario a todo método científico²². Para probar esto

²¹ Cf. BALIC, C.: a.c.

²² Cf. BALIC, C.: *Ibíd.*, donde recoge los textos para probar la tesis. En primer lugar la célebre frase de San Fulgencio de Ruspe (+532): “Cuando se trata de pecados, exceptuó a la santa Virgen María, de la cual, para honra del Señor, no quiero absolutamente se haga men-

no basta reunir los textos incidentalmente esparcidos en los Sermones y explicados según el año litúrgico, sino que es preciso distinguir si tales textos, objetivamente considerados, según nuestro entender, contienen la *preservación de María del pecado original*, de la cuestión de si San Antonio, alabando la pureza de María, ensalzando la inocencia de su carne, que era la de Cristo, ha extendido esa pureza, esa inocencia *al primer instante de la infusión del alma en el cuerpo*, o bien la ha limitado a la santificación en el útero, como hicieron Hales, Bernardo, Buenaventura, que afirmaron también que María fue inmune del pecado, que fue purísima, que dio a Cristo la carne inmaculada e inocente, a pesar de haber enseñado que estuvo sujeta a la culpa original²³. No se pueden falsear las cosas. San Antonio vivió en los comienzos de la Escolástica, no en su época dorada; es el primero, cronológicamente, en la escuela franciscana, pero no en el aspecto doctrinal, en que es secundario. Es sabido que el título de Inmaculada que dan a María los teólogos y poetas orientales no tiene el mismo sentido que tendrá entre los latinos.

Veamos unos textos de San Antonio al respecto. Después de citar la frase "cuando se trata de pecados, exceptúo a la Virgen María...", añade: "Por consiguiente, aquella Virgen gloriosa fue prevenida y llena de gracia singular, para que tuviese como fruto de su vientre al mismo que tuvo como Señor del universo desde el principio" (S 241). "El Padre vistió a su Hijo Jesús con una vestidura blanca, es decir, con la carne limpia de toda mancha de pecado, tomada de una Virgen inmaculada" ("*carne ab omni labe peccati munda a Virgine inmaculata assumpta*") (S 85). "Es luna llena, por ser perfecta en todo...No tuvo mancha en su nacimiento, por haber sido santificada en el vientre de su madre, custodiada por los ángeles; ni durante su vida tuvo puntas de soberbia" (S 1055). "Incienso no quebrado es la bienaventurada María, nunca cortada con el hierro de la concupiscencia" (S 1089). "Sostén con toda firmeza y no dudes en absoluto que todo hombre que es engendrado por unión de varón y mujer nace con pecado original, sometido a la impiedad, sujeto a la muerte, hijo de ira por naturaleza" (S

ción alguna", que San Antonio toma del Libro de las Sentencias (III d.3 c.2). Argumento que no prueba nada y era usado por los mismos que negaban el privilegio. Escoto usará las mismas palabras que San Agustín, pero sin afirmar que el texto contenga tal doctrina, afirmando incluso que se pueden explicar en el sentido de la exención de la Madre de Dios de los pecados actuales y del mismo pecado original. Para poder afirmar que San Antonio ha visto antes de Escoto en el texto agustiniano el gran privilegio mariano, hay que probar que San Antonio haya visto en esas palabras lo que no alcanzaron a ver ni Agustín, ni Lombardo, ni Bernardo antes de él, ni después de él Hales, Buenaventura, Tomás.

²³ Cf. ROMERI, C. M.: *De immaculata conceptione* (Romae 1939).

1241). “Cristo tomó carne inmune de pecado” (S 1943), “tomada de la carne purísima de la Virgen gloriosa” (S 2033). “Nuestro amigo Cristo es todo blanco, porque está limpio de pecado” (S 2203), “y no tuvo el principio de la *inmunda concepción*, pues fue concebido por obra del Espíritu Santo en una Virgen purísima” (S 2123). “Recibió de la carne de la Virgen purísima carne purísima, no corrompida ni sujeta al vicio” (S 1613).

Asunción. San Antonio celebra la asunción de María Santísima en cuerpo y alma a la gloria como coronamiento de la vida mortal de María y como la exaltación de la Virgen humilde por Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, que la coronan en el cielo, como “reina en la palabra de la humildad” (S 1121), vestida y “adornada con las piedras preciosas de sus prerrogativas - humildad, pobreza, virginidad-” (S 1113). Llevada en cuerpo y alma a la gloria, se hizo para siempre morada del Señor. Por ser Madre del Hijo de Dios mereció ser coronada en la gloria. San Antonio honró a María particularmente en este misterio, que entiende como consecuencia y coronamiento de la vida mortal de María, sin tratar otras cuestiones²⁴.

“María es trono de gloria, firme y pura, donde se sentó Jesucristo, gloria de los ángeles, en la encarnación...Fue lugar de santificación de nuestro santificador, en el cual él mismo se santificó y nos santificó a nosotros [...] Dios puso sus pies en María, de la que recibió la humanidad. En la asunción la glorificó, elevándola por encima de los ángeles. Fue asunta en el cuerpo, donde puso sus pies el Señor, cuando fue elevada al tálamo del cielo” (S 1109-1113). “Fue llevada hoy por manos de los ángeles a la morada del cielo, donde se sienta en trono de estrellas el rey de reyes, felicidad de los ángeles, Jesucristo, el cual amó a la Virgen gloriosa más que a todas las mujeres... que mereció ser coronada hoy en el cielo [...] María coronó al Hijo de Dios en su concepción, el Hijo la coronó a ella en la asunción” (S 1119). “En la gloria celestial, por encima de todo, está el trono, María, y sobre el trono, el Hijo del Hombre, Jesucristo” (S 1123).

Concluyo este recorrido por los contenidos mariológicos más sobresalientes en San Antonio con unas frases en las que expresa la mayor densidad de su amor, fervor y devoción por la Madre de Dios, morada de la Iglesia, que nos lleva a Jesucristo, su Hijo. “La estrella del mar, claro camino que lleva al puerto” (S 2095, 2103, 2109).

²⁴ Cf. APERRIBAY, B.: “La Asunción de la Virgen, según San Antonio de Padua”, en *Verdad y Vida* 4 (1946) 697-710; Íd., “La encíclica ‘Ad caeli Reginam’ y la realeza de María”, en *Ibíd* 13 (1955) 137-149.325-347.

“Betania, que quiere decir casa de obediencia, o casa de Dios, o casa donde el Señor se complace, significa a María Santísima, que por haber obedecido a la voz del ángel mereció concebir el don del cielo, el Hijo de Dios [...] No ha habido santo cuya alma haya juntado tanta riqueza de virtud como María Santísima. Por su humildad tan eminente, por la flor intacta de su virginidad mereció concebir y dar a luz al Hijo de Dios [...] El árbol más hermoso es la gloriosa Virgen María, cuyos frutos fueron la humildad y la pobreza” (S 291-3, 311).

“Nazaret quiere decir flor, o unción o consagración, porque allí estaba la flor de la virginidad, la unción de la gracia septiforme, la consagración de la Virgen gloriosa [...] como la Jerusalén celeste, donde Dios mora, la Virgen es su morada” (S 2093).

“El lugar propio de Jesús es el centro: en el cielo, en el vientre de María, en el pesebre del establo, en el patíbulo de la cruz...En el vientre de la Virgen: ¡Oh bienaventurada Virgen, que eres casa de Sión, es decir, de la Iglesia, que en la encarnación de tu Hijo erigió para sí la morada de la fe! Exulta con el corazón, canta con la boca [...], porque el Santo de Israel está en medio de ti, en tu vientre [...] Está en medio de cada corazón. Está en medio para que de él, como centro, salgan todos los rayos de gracias hasta nosotros, que estamos en la circunferencia y damos vueltas en torno” (S 361-3).

“La bienaventurada María se llama su esposa porque el Verbo descansó en su tabernáculo, porque en ella descansó el que la creó... La bienaventurada María, tabernáculo de Cristo. Era la casa dedicada a Dios, era símbolo de María. Es la casa dedicada a Dios, ungida con la consagración del Espíritu Santo” (S 1091-3).

“Gracias te sean dadas, Virgen gloriosa, pues por ti está Dios con nosotros [...] envuelto en pañales, cuya blancura nos representa la pureza de su Madre” (S 1865).

“Ésta es la Virgen gloriosa, princesa y reina nuestra, inflamada por el Espíritu Santo, como si fuera un carbón [...] De ella nació nuestro Salvador” (S 1867, 1953).

Conclusión

Después de estudiar el lugar de María en los Sermones de San Antonio de Padua, podemos sacar algunas conclusiones de orden teológico y práctico. En primer lugar, nos muestra una figura de María muy humana, cercana a los hombres, de su estirpe, si bien “gloria de nuestro pueblo”. María es una mujer que ha conocido la doble condición de esposa y de madre, a la que, por la santidad de su vida, miran los pobres, buscando consuelo y ayuda, los pecadores, ternura y compasión. Es una madre como nuestras madres, en los momentos de alegría y en los de pena. Se trata de una visión de la Santísima Virgen muy acorde con la doctrina del Concilio Vaticano II, pues cuenta como base con la acción de Dios sobre su criatura, el hombre, hecho a su imagen y semejanza. Hoy queremos una imagen de María fundada en su realidad histórica, en su vida humana y en su personalidad tal y como nos es transmitida por la Palabra de Dios, más que en los privilegios y títulos con los que la piedad la ha adornado en el transcurso del tiempo. Podemos ver cómo la presentación de María como *morada de Dios* (S 2093), junto al misterio de la encarnación de Cristo, insistiendo en su humildad de criatura, esclava del Señor, elegida por él para *morada suya* (S 361), con Cristo en su centro, desde donde nos alcanzan los rayos de las gracias a los que estamos dando vueltas en torno a él (S 363), está bien cerca del Vaticano II, cuando nos dice que “María está unida a la estirpe de Adán con todos los hombres que han de ser salvados; que es miembro del todo singular de la Iglesia, su prototipo y modelo en la fe y caridad” (LG 53), “que sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que de él esperan con confianza la salvación” (LG 55), “que contribuyó a la vida aceptando la encarnación: *Hágase en mí según tu palabra*; se consagró totalmente a la persona y obra de su Hijo, cooperando a la salvación humana por la fe y la obediencia” (LG 56).

Queda claro, en segundo lugar, que San Antonio nos presenta siempre a María asociada a Cristo, acompañándolo en todos los misterios de su vida, es decir, como fiel discípula del Hijo. Hoy consideramos el seguimiento de Jesús en la fe y en la obediencia al Padre como una de las bases más firmes para la espiritualidad cristiana. Así lo recuerda también el Vaticano II, cuando dice que María “unida a su Hijo desde el momento de la concepción virginal de Cristo hasta su muerte –visita a Isabel, presentación a los pastores y a los magos, llevándolo al templo, buscándolo perdido, *meditaba estas cosas en su corazón*– (Lc 2, 41-51) (LG 57); y más tarde, en la vida pública de Jesús, María “avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz, donde se asoció al sacrificio del Hijo con corazón maternal, consintiendo con amor en la inmolación del Hijo,

hasta ser dada como madre a Juan" (LG 58). Desde este punto de vista hoy decimos que María es "la primera cristiana, la primera discípula", "la primera y más perfecta discípula de Cristo" (Pablo VI), la más cercana a Cristo. Junto a la cruz, María se convierte en la madre del discípulo, y éste en hijo suyo y, consiguientemente, en hermano de Jesús, por la relación de maternidad/filiación espiritual que Jesús establece. María queda convertida en madre espiritual de todos, puesto que Juan es "el tipo del verdadero creyente", y desde entonces no se puede ser discípulo de Jesús sin acoger a María, la Madre de los Vivientes, como madre.

La reflexión sobre el Evangelio nos ha llevado a construir, a grandes rasgos, el itinerario del seguimiento que vivió María:

-En primer lugar aparece la experiencia fundante de la fe. Escogida por Dios, llena de gracia, María escucha el anuncio del ángel, acoge su mensaje, va aprendiendo los secretos del misterio en el silencio y en la reflexión del corazón, a través de momentos de gozo y de gloria, de dolor y sufrimiento... ¡Cuántos golpes cincelaron su figura, hasta su maduración plena, que nos impiden ver o imaginar en su profundidad esas imágenes dulces de María que presiden nuestros altares! La alianza comienza de forma unilateral por Dios, que elige, pero llega a hacerse bilateral y efectiva en la aceptación de la criatura, que no invalida el designio de Dios, pero él quiso que Cristo se encarnara por el *fiat* de María. También nosotros *somos cooperadores de Dios* (1Cor 3, 8). La pasividad ante la gracia de Dios (dejar hacer a Dios) es la disponibilidad que se hace obediencia y se activa en la docilidad al Espíritu Santo.

- En segundo lugar está el itinerario de su fe, con varias estaciones. María tuvo que dar ese salto o paso que a todos nos pide la fe (cf Jn 1, 12-13). Tuvo que pasar de ser la madre física de Jesús a la maternidad en el espíritu para convertirse en discípula y seguidora del Hijo. El misterio oculto en la humanidad le estaba velado humanamente. Su fe lo irá descubriendo, mientras interpretaba lo que veía y oía: las escenas alegres de la infancia de Jesús, que pronto se hacen duras con la huida a Egipto hasta nueva orden; la condición sufriente que advierte en las primeras contradicciones en el ministerio del Hijo, algunas respuestas de Jesús (cf Lc 2, 41-51; 4, 22-30; 8, 19-21; Mc 3, 31-35; Jn 2,4). Todo esto será la "espada" profetizada por Simeón (Lc 2, 34-35), que la desgarrará interiormente viendo que su Hijo es efectivamente "signo de contradicción". Todo ello la llevará a trascender los lazos puramente biológicos para situarse en la relación de fe y de discípula. Como los demás discípulos, irá aprendiendo poco a poco, hasta llegar en su seguimiento al momento culminante, junto a la cruz, donde

recibirá la nueva maternidad: *Mujer, ahí tienes a tu hijo* (Jn 19, 26). Si Jesús se emancipó de los lazos de la sangre para dedicarse “a las cosas de su Padre”, en cuya intimidad aprendió su sabiduría, así también María “meditaba en su corazón”.

- En tercer lugar, la nueva dimensión maternal: *el discípulo la recibió desde entonces en su casa* (Jn 19, 27). Podemos descubrir la dimensión maternal de María desde su condición de discípula. En efecto, si todo discípulo está llamado a ser madre y hermano de Jesús en cuanto que cumple su palabra, ella lo fue en modo especialísimo. El evangelio (Lc 8, 19-21) la coloca entre los primeros y más dichosos discípulos. Con los discípulos aparecerá en oración aguardando el cumplimiento de la promesa del Padre (Hch 1, 14. 2,1). Y desde el cielo sigue intercediendo en nuestro favor. Nuestra labor ha de ser, como la de Juan, recibir a la Madre en nuestra casa, en nuestro corazón. Se trata de estar dispuestos, de acoger, de cooperar. Ella fue “colaboradora generosa concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo en el templo, padeciendo junto a él; cooperó en forma del todo singular en la restauración de la vida sobrenatural de las almas. Por eso es *nuestra Madre en el orden de la gracia*” (LG 61). “Esta maternidad espiritual continúa sin cesar, alcanzando los dones de la salvación eterna a los hermanos de Cristo que peregrinamos y luchamos hasta que seamos llevados a la patria feliz. Por lo cual la invocamos como Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora” (LG 62).

Ésta es la presencia alentadora de María en la vida de los creyentes, que es tipo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo (LG 63). Por beneplácito divino, María une más a los creyentes en Cristo con su influjo salvífico (LG 60), los atrae hacia él, hacia su sacrificio y hacia el amor del Padre (LG 65). “La Iglesia levanta los ojos a María y, contemplándola en la luz del Verbo encarnado hecho hombre, entra más profundamente en el sumo misterio de la Encarnación, y se asemeja más y más a su Esposo” (LG 65). Reconocemos la importancia particular de María en nuestras vidas. La llamamos *madre espiritual*, por tratarse de una maternidad en el Espíritu, porque en tal maternidad el Espíritu Santo es quien tiene el papel más importante, del que ella es instrumento y mediación. El Espíritu Santo es el principio de toda vida espiritual. Por eso recurrimos a ella, porque obedece al designio divino de la salvación asociar a María a la obra de Cristo y a la acción del Espíritu en la realización de la salvación en la historia de los hombres. Dios la hizo madre y abogada, y ella manifiesta la eficacia de Cristo (LG 60). La invocamos, sin detenernos en ella, para que nos lleve al Padre. Ella nos dirá: *Haced lo que él os diga* (Jn 2, 5). Confiados en su intercesión, rezamos: *Ruega por nosotros ahora*

y en la hora de nuestra muerte. Recurrimos a su intercesión y a la de los santos: *Reunidos en comunión con toda la Iglesia, veneramos la memoria de la gloriosa siempre Virgen María [...] y la de todos los santos; por sus méritos y oraciones concédenos en todo tu protección* (canon romano). Esta comunión de los santos es intercesión de unos para con otros, en la que no se da exterioridad entre los que rezan, aquellos por quienes se reza y aquellos a quienes se dirige la oración. Resulta significativo que tantos hombres grandes de la historia, santos y no santos, hayan confesado su amor por María y sus relaciones materno/filiales. Es lo que llamamos dimensión mariana de la espiritualidad cristiana, fundada en la maternidad espiritual de María y en la ejemplaridad de su vida, y que se ha expresado de tan variadas formas en la Iglesia (imitación, servicio, consagración, oblación, esclavitud, etc.). También San Antonio fue un gran devoto de María, y en sus páginas escritas nos dejó un canto de sus glorias. Expresó esta relación viva de María con los hombres con estas palabras: *Exitum nostrum tuae praesentiae tutela munias* (que protejas nuestra muerte con la tutela de tu presencia) (S 249).

